

Buenos Aires | 13-16 de agosto de 2003

6^o

**Congreso
Nacional
de Estudios
del Trabajo**

**Los trabajadores
y el trabajo en la crisis**

Versión preliminar

REPRESENTACIONES Y ORIENTACIONES DE LOS TRABAJADORES DESOCUPADOS.

por Verónica V. Maceira.

E-mail: spalten@mail.retina.ar.

Institución: CONICET-FLACSO. Ayacucho 551. Ciudad de Buenos Aires

I. Presentación

El objetivo de este trabajo es acercarnos al reconocimiento de la identidad de los trabajadores desocupados del partido de la Matanza, a través de la exploración de sus representaciones y orientaciones sobre lo social en articulación con sus trayectorias socio-ocupacionales¹. Dentro de la Matanza, aacotamos este estudio al segundo cordón del mencionado partido, más periférico con respecto a la ciudad de Buenos Aires, caracterizado por la persistencia de altas tasas de desocupación y subocupación horaria, por indicadores de pobreza e indigencia aún más críticos que los del aglomerado en su conjunto y por la mayor presencia relativa de beneficiarios de planes nacionales de desempleo. El estudio se basa en veinticinco entrevistas en profundidad a desocupados varones, beneficiarios de planes de empleo².

Quisiéramos enfatizar que el estudio que nos propusimos tiene un carácter exploratorio. En el mismo nos interesaba avanzar metodológicamente en la localización de dimensiones significativas involucradas en las representaciones y orientaciones con respecto a lo social y en la indagación de las maneras en que dichas dimensiones se relacionan entre sí y con las trayectorias socio-ocupacionales, a la vez que conocer las formas que se hacen

¹ Este trabajo se enmarca en una investigación más amplia, de la cual constituye una primera etapa, que tiene como objetivo general el estudio del proceso de heterogeneización social de los trabajadores. Dicha investigación explora la relación entre la experiencia de los trabajadores y sus representaciones y orientaciones con respecto a la estructura y los conflictos sociales actuales a partir del análisis comparativo de dos grupos de la fuerza de trabajo: el primero, conformado por asalariados manuales ocupados en la manufactura y la construcción; el segundo, por desocupados provenientes de los mismos sectores de actividad.

² Durante esta primera etapa del trabajo de campo se realizaron veintisiete entrevistas a varones, de las cuales dos fueron excluidas de esta presentación por considerar insuficiente la información recogida sobre orientaciones y representaciones. De las localidades que componen el segundo cordón de la Matanza, seleccionamos a su vez Rafael Castillo, Isidro Casanova, Gregorio Laferrere y Ciudad Evita, dada su mayor densidad poblacional. Para la realización del muestreo, se contó con un listado de beneficiarios de planes de este partido, suministrado por la Federación de Tierra y Vivienda (FTV), vinculada a la Central de Trabajadores Argentinos (CTA), organización a través de la cual se hicieron también los contactos pertinentes para la concertación de las entrevistas. En la realización del muestreo se procedió en forma sucesiva, seleccionando primero al azar y a partir de los registros de los planes de trabajo, un conjunto de proyectos y luego, dentro de los mismos, a los entrevistados.

presentes en el universo que estudiamos. En este sentido las afirmaciones realizadas deben ser consideradas como hipótesis de trabajo a ser contrastadas con rigor en estudios de mayor alicento.

En esta comunicación, presentaremos primero una breve caracterización social de nuestros entrevistados a partir de la reconstrucción sintética de sus trayectorias socio-ocupacionales anteriores a la percepción de planes de empleo. En segundo lugar, nos centraremos en la exploración realizada con respecto a sus representaciones y orientaciones, presentando las tendencias dominantes observadas en nuestro universo de estudio. Dentro de este amplio campo temático nos detendremos en la consideración de las siguientes dimensiones: orientaciones y representaciones con respecto a la situación inmediata como beneficiarios de planes de empleo, en particular en lo referido a la percepción de situaciones de injusticia al respecto; niveles de participación en organizaciones y medidas de fuerza, autoidentificación social, representación de las propias relaciones con otros grupos al interior de las clases subalternas, y percepción de la distribución del poder y del antagonismo social³. Finalmente se reconstruirán algunos perfiles generacionales observados.

II. Caracterización social de los desocupados entrevistados: rasgos sociodemográficos y trayectorias socio-ocupacionales.⁴

Como señalamos, nuestros entrevistados son varones, beneficiarios de planes de empleo y, dadas las características de los programas gubernamentales son también, por lo menos nominalmente, jefes de hogar.

En relación a las edades de los mismos, al momento de la entrevista (marzo 2001) ocho entrevistados tienen entre 18 y 29 años, cuatro entre 30 y 39 años; seis entre 40 y 49 años, y siete entre 50 y 59 años. Se trata por lo tanto de un grupo que presenta una estructura etaria envejecida en comparación con la correspondiente a los varones activos de la región, observándose una subrepresentación de los activos de edades más centrales.

Estos desocupados son mayormente migrantes internos de larga data. La excepción al respecto son los entrevistados jóvenes, en particular los menores de 21 años, que han nacido

³ Forma parte de nuestra investigación la exploración sobre otras dimensiones referidas a la filiación política de los desocupados, en particular en relación al peronismo, y a los modos en que historizan y se orientan en relación al pasado reciente de nuestro país. Estas últimas dimensiones no serán incorporadas aquí dada su especificidad y el carácter acotado de la comunicación que hoy proponemos.

en la Capital Federal o en el Conurbano Bonaerense. En cuanto a las provincias de procedencia: dos entrevistados provienen del NOA; cuatro de Chaco y Formosa; seis de la Mesopotamia; cinco de Santiago del Estero y sólo un entrevistado de la provincia de Córdoba.

Sus niveles de escolarización son bajos. El 50% sólo ha accedido a los primeros años de educación formal, mientras que el resto ha completado la escuela básica pero no terminó el ciclo secundario.

En relación a sus trayectorias socio-ocupacionales, sistematizaremos a continuación un conjunto de observaciones.

Sin desmedro de la amplia heterogeneidad ocupacional observada es posible advertir que la diferencia sustantiva en las formas que adoptan dichas trayectorias se establece entre un conjunto más amplio de desocupados mayores y los entrevistados más jóvenes, en un quiebre que se observa en aproximadamente los 30 años de edad al momento de la entrevista.

En efecto, con diferencias importantes en cuanto a características de las inserciones ocupacionales, entre los mayores de 30 años es posible constatar en todos los casos una nutrida trayectoria socio-ocupacional anterior al desempleo prolongado mientras que, por el contrario, entre los entrevistados más jóvenes, la nota característica pasa a ser lo que podríamos considerar como una incorporación al mercado laboral tempranamente frustrada.

En relación a las trayectorias de los 17 entrevistados mayores de 30 años, podemos sistematizar:

-Un total de 11 entrevistados fueron trabajadores estables, desarrollando prácticamente toda su vida laboral adulta anterior al desempleo en una sola rama de actividad. En ocho de ellos, con permanencia en un solo lugar de trabajo durante los tramos centrales de la trayectoria (durante períodos que varían de 8 y 35 años según los casos y la edad del entrevistado) y en otros tres en más de un establecimiento (por períodos que van de 7 a 12 años y sin desempleo prolongado intermedio).

-Seis entrevistados presentan una mayor movilidad entre distintas ocupaciones, establecimientos y ramas de actividad. En sólo tres de los seis casos, se observan períodos de permanencia en un solo puesto de 8 años o más. Asimismo, en tres de los seis casos la mencionada movilidad ha sido mayormente al interior de la producción fabril mientras que

⁴ Una versión preliminar de esta caracterización fue publicada en Maceira, V. y Spaltenbeg, R.; 2001.

los otros tres entrevistados presentan trayectorias que se reparten entre el trabajo rural, el fabril y la construcción como asalariados, o los servicios. Por otra parte, tres de estos seis entrevistados habían tenido un desempleo de más de seis meses en otro tramo anterior de sus trayectorias.

Encontramos que se trata casi exclusivamente de trabajadores que han sido asalariados y cuya recurrencia al trabajo cuenta propia se verifica como refugio en los períodos de desempleo (en estos casos, siempre en actividades de bajos ingresos y sin capital propio). Sólo uno muestra una trayectoria socioocupacional como trabajador autónomo.

Considerando las ocupaciones que han desarrollado en forma más continuada a lo largo de sus trayectorias, especifiquemos que no encontramos ningún ex-trabajador de ocupaciones de cuello blanco. Once fueron en lo sustantivo, trabajadores fabriles, a lo que se suman tres trabajadores de la limpieza no doméstica, un cocinero, un carnicero y el entrevistado ya particularizado en su trayectoria como pintor cuentapropista⁵.

Los desocupados fabriles han estado empleados en mayor medida en las ramas consideradas típicamente de la "primera sustitución", intensivas en mano de obra y productoras de bienes "salario", con preeminencia de alimentos y textiles. En menor medida ocuparon puestos en la industria metalúrgica (fundamentalmente productos de metal y no en la producción de automotores, maquinaria o equipos), del papel y del cuero, ramas que tuvieron su momento de expansión en períodos relativamente posteriores a las ya mencionadas.

Un comentario especial merece el trabajo en la construcción, como ocupación "refugio" de carácter inestable. Gran parte de los entrevistados mencionan haber trabajado en este tipo de ocupaciones, ya sea en forma autónoma o como asalariados. En la mayoría de los casos se trata de la última ocupación precaria antes de ingresar al plan.

El 40% de estos desocupados han desarrollado la mayor parte de su vida laboral en condiciones que suponían la experiencia de cooperación prolongada entre muchos trabajadores. Un 24% han estado ocupados durante los tramos más significativos en establecimientos medianos (entre 6 y 49) mientras que un 36% en unidades económicas informales.

⁵ Es pertinente apuntar que cinco de los entrevistados mayores de 35 años iniciaron su vida laboral como trabajadores rurales, siendo aún niños, acompañando el trabajo de su padre o madre, quienes eran a su vez peones rurales (en cuatro casos) o pequeños chacareros (en un solo caso). Se tata de emigrantes internos del Chaco, Jujuy y Región Mesopotámica.

La incorporación relativamente estable como trabajadores involucró en muchos la afiliación al sindicato respectivo. Catorce de los desocupados mayores de 30 años han estado afiliados, y nueve han asistido, aunque sea unas pocas veces, a reuniones u otro tipo de actividades sindicales. Sólo dos tuvieron una participación más sustantiva, en uno de los casos, como delegado. Esta sindicalización no ha sido episódica: en seis casos comprendió entre el 75 y 100% del tiempo de su ocupación, en seis casos entre el 50 y el 75% y en dos casos entre el 25 y el 50 %.

Al interior de este amplio conjunto de desocupados, es posible establecer también diferencias por cohortes. En efecto, es entre los desocupados de 50 años y más entre quienes se observa un porcentaje mayor de trayectorias netamente fabriles (70%), mientras que entre los entrevistados de 30 y 49 años esta observación es pertinente para el 50% de los casos. Asimismo, si bien localizamos trabajadores de distintas edades con historias de empleos estables, son los entrevistados más viejos quienes muestran haber estado insertos en un sistema de empleos de muy larga duración, con un promedio de permanencia en un solo lugar de trabajo de 20 años, lo que duplica el promedio de los entrevistados de entre 30 y 49 años.

En relación a los recorridos transitados hasta la actual situación de desempleo, la gran mayoría ha sufrido un quiebre abrupto de sus trayectorias laborales, perdiendo por despido (generalmente por quiebra o reducción de personal) su último trabajo estable y realizando changas muy precarias hasta el momento del ingreso al plan. Es importante considerar cuán distante es el momento de quiebre de sus trayectorias socio-ocupacionales. Podemos estimar que en casi la totalidad de los casos, el punto de inflexión en estas trayectorias había sido hacía más de dos años (al momento de realizada la entrevista), con un promedio de cinco años (considerando sólo aquellos casos en los que tenemos información consistente) y llegando hasta ocho y diez años en algunos trabajadores de más edad.

Las trayectorias de los menores de 30 años contrastan abiertamente con las que, a esa misma edad, tenían los entrevistados mayores analizados anteriormente. Parte de los mismos son nuevos trabajadores que ingresan al mercado de trabajo como desocupados, mientras que entre los que han tenido experiencia laboral, la nota saliente es la falta de significación de las ocupaciones fabriles. Puntualizando las trayectorias observadas, señalemos que:

-Sólo tres han tenido empleos con una continuidad de dos años y hasta 3 años y medio en su vida adulta. Como símbolo de los nuevos tiempos, se trata de ocupaciones no fabriles y

específicamente en supermercados y empresas de seguridad. En este subgrupo se encuentra el único entrevistado joven que había estado sindicalizado durante una corta experiencia de trabajo anterior en la producción de bienes.

-Un entrevistado realizó changas intermitentes durante tres años como ayudante de pintor, luego de haber trabajado un año como portuario.

-Por último, otros cuatro entrevistados han realizado, en su vida adulta, sólo trabajos efimeros o venta callejera.

III.Orientaciones y representaciones. Dimensiones consideradas y tendencias generales.

En el marco general de la temática de las orientaciones y representaciones de los trabajadores nos hemos inclinado aquí particularmente por avanzar en el estudio de *los efectos que determinadas relaciones con el mundo del trabajo tienen sobre su identidad social y su percepción de los conflictos sociales* (Torre y Jelin, 1982). Tradicionalmente en la bibliografía se ha referenciado esta dimensión como la ligada a la “integración social” de las clases subalternas, diferenciándola analíticamente de otras dimensiones tales como la integración profesional y la económica, que no se estudiarán particularmente aquí por considerarlas menos pertinentes, dadas las características generales de este universo.

De acuerdo a lo comentado en el punto anterior, la particularidad general del grupo estudiado es que se trata de desocupados. Nos preguntamos entonces concretamente cuáles son los efectos que el desempleo prolongado y la constitución como población asistida por planes de empleo han tenido en las orientaciones y representaciones de estos trabajadores desocupados, a la vez que interesa entender en qué medida dichos efectos pueden ser distintos según las heterogéneas trayectorias socio-ocupacionales anteriores de los entrevistados.

III.1. Orientaciones y representaciones con respecto a la situación inmediata como beneficiarios de planes de empleo

En primer lugar, en tanto se trata en muchos casos de desocupados que han sufrido un marcado deterioro en sus condiciones de vida, nos interesa explorar en qué medida dicha experiencia se traduce en algún tipo de cuestionamiento con respecto a las relaciones inmediatas en las que están involucrados.

Los entrevistados tienen un alto sentimiento de injusticia en relación al ingreso percibido: la totalidad de los mismos considera que es injusto, tomando como referencia para esta evaluación fundamentalmente sus necesidades de consumo. En menor medida, consideran que existe una inadecuación entre el trabajo que realizan y su experiencia previa o sus capacidades presentes, encontrando en ello una fuente de injusticia (18 entrevistados). Por último, el sentimiento de injusticia también se expresa en términos más generales, pero en menor medida, en relación a la implementación de los planes de empleo, con respecto a lo cual once entrevistados expresan su disconformidad. Es importante señalar que las críticas presentadas se refieren más a las deficiencias de un subsidio que se considera insuficiente y acotado que a los mecanismos de su distribución o a los criterios utilizados por las organizaciones de desocupados para la asignación, expresando de esta manera más bien un sentimiento general de injusticia con respecto a la propia situación, caracterizada fundamentalmente a partir de la imposibilidad de acceder a un puesto de trabajo⁶.

La situación actual de falta de empleo y severa restricción en la capacidad de satisfacer sus necesidades básicas es evaluada entonces como fuente de injusticia por una parte importante de los desocupados, pero lo que es quizás más importante para el análisis de este punto, es que dicha situación raramente es percibida como algo “natural” e inmutable sino que, por el contrario, la misma tiende a representarse como producto de determinadas políticas o determinadas relaciones sociales. En efecto, el 64% de los entrevistados considera claramente que la pobreza es un producto social, causado por el gobierno (ya sea por determinadas políticas o por abierta corrupción) o por la acumulación de riquezas de otros grupos sociales. Es un conjunto mucho menor de desocupados (20%) el que muestra cierta naturalización o más bien una falta de problematización sobre las causas de la propia situación, mientras que en un 8% se apela a explicaciones que tiende a una culpabilización de los mismos pobres. Será importante puntualizar que sólo un entrevistado considera que la pobreza es un castigo divino.

⁶ La evaluación relativamente favorable con respecto a la intervención de las organizaciones de desocupados se expresa en que el 70% de los entrevistados considera que ésta es la mejor vía para asegurar una distribución justa de los planes, mientras que el 20% piensa que debería ocuparse la iglesia y sólo el 10% entiende que es una atribución que el gobierno no debería delegar. En la tendencia mayoritaria de estas respuestas a reivindicar la intervención de las organizaciones de desocupados podemos leer tanto la afirmación de un proceso de construcción organizativa como también el rechazo a un cambio hipotético que desplazaría redes de relaciones que, al momento de la entrevista, los incluía como beneficiarios.

En el marco de esta tendencia mayoritaria a tornar observable el carácter de construcción social de su propia situación, el grupo más numeroso de entrevistados (el 36% del total) tiende a señalar al gobierno como único actor causante de la misma, mientras que en un 28% de las interpretaciones intervienen otras personificaciones de la riqueza y el capital. Independientemente de lo ajustado o no de las distintas interpretaciones (que no es materia de este trabajo analizar) lo que interesa aquí es que las mismas deben ser leídas también como primer indicador de los modos en que los desocupados se representan las relaciones de poder en las que están involucrados, lo que a su vez condicionará su representación de las formas que pudiera asumir el conflicto social.

Esta referencia al gobierno que apareciera en primer lugar al considerar las causas de la propia situación se enfatiza al considerar la posibilidad de un cambio de la misma. En este sentido, podemos afirmar que, en términos generales, los desocupados estudiados muestran una fuerte tendencia a atribuir el poder del cambio social a otros, es decir a un sujeto en el que raramente se incluyen y que tienden a identificar en mayor medida con el propio gobierno. Esta afirmación se basa en el análisis de las representaciones de los entrevistados con respecto a la distribución del poder social, en el que hemos discriminado tres niveles distintos: a) el poder de cambio de la situación puntual del entrevistado, b) el poder de cambiar la situación social del grupo, sector o estrato social al que se reconocen como pertenecientes los desocupados, c) el poder de cambiar la situación social a nivel nacional.

Tres cuartas partes de los entrevistados entiende que un cambio de la propia situación depende de otros, entre quienes no se incluye ; estos "otros" que pueden cambiar la situación de los desocupados son identificados en forma mayoritaria, según adelantamos, como los miembros del gobierno (60% del total de entrevistados) mientras que sólo marginalmente se consideran otras personificaciones de la riqueza o el capital (8%). Un segundo conjunto menor (15%) considera que le cabe asumir la determinación para producir un cambio en la propia situación; asimismo mientras algunos se refieren exclusivamente a su acción individual, otros involucran la lucha del conjunto de los desocupados⁷. Por último, un grupo sin significación cuantitativa (7%) entiende que un cambio de su situación depende de todos.

⁷ . Este subgrupo, si bien no tiene significación cuantitativa (es el 11% del total de entrevistados), es relevante en tanto da cuenta de un proceso, muy incipiente pero presente, de valorización del poder de cambio que entraña la propia acción colectiva.

Pensamos que esta tendencia mayoritaria en términos de sus representaciones se corresponde con lo que ha sido su experiencia más reciente: aquellos que han visto deterioradas sus condiciones estarían expresando subjetivamente su pérdida objetiva de poder social. Asimismo, la referencia central al estado como el “otro” sustantivo de las relaciones de poder (como causante de la actual situación y/o como con capacidad de cambio de la misma) no sería ajena a la situación de estos desocupados en tanto beneficiarios de planes de empleo y por lo tanto, a su carácter de oprimidos en términos generales más que de estrictamente explotados a través de la apropiación por el capital de los frutos de su trabajo (Nun, J.;2001:105).

La mencionada tendencia se expresa más ampliamente cuando se considera no ya la situación personal sino la del grupo social al que los desocupados consideran pertenecer. En este nivel, un mayoritario 88% considera que la situación depende de otros, y fundamentalmente del gobierno (en un 72%) mientras que sólo un 12% considera que depende de la lucha del propio grupo o bien de tanto de unos como de otros. En un tercer nivel, al considerar un cambio de situación a nivel nacional, los desocupados consideran mayoritariamente que no depende de ellos (92%) sino casi exclusivamente de las acciones del gobierno (88%)⁸.

Ahora bien, esta percepción de una pobre o nula capacidad de la propia acción para contribuir a cambiar la propia situación (individual y colectiva) aparece de alguna manera como encontrada con la alta participación en medidas de fuerza y la disponibilidad para la organización territorial de los desocupados, que es característica de este universo. En efecto, estos desocupados mantienen un altísimo nivel de participación en las acciones de lucha

⁸ Estas observaciones remiten a una discusión ya presente hace varias décadas en el ámbito latinoamericano con respecto a las orientaciones de segmentos débilmente vinculados con el mercado laboral. Uno de los argumentos consideraba que las condiciones particulares de esta débil vinculación determina que estos grupos no tiendan a orientarse espontáneamente en términos corporativos sino que lo hagan hacia reivindicaciones meramente personales o bien politicen directamente sus demandas (Nun et.al.,1968). Más contemporáneamente la bibliografía centrada en la población cubierta por planes gubernamentales hace referencia a que dicha cobertura involucraría también “la producción de cierta subjetividad en torno a la recepción de estos planes, básicamente producida por la interpelación del Estado”, en el marco de la cual “el estado mantiene un fuerte poder en la imposición de representaciones sociales, en la construcción de las identidades de los “beneficiarios” (Fournier, et. al, 2001.pags. 7 y 8). Más allá de las diferencias entre estos argumentos y los distintos aspectos que los mismos abordan, interesa focalizar aquí un elemento común, esto es, la hipótesis de que las condiciones específicas de la vinculación de estos segmentos con el mercado de trabajo condicionarían un tipo orientación específica que enfatiza la relación (ya sea de dependencia o de confrontación) con la instancia estatal. Los indicadores mencionados, no desmienten en principio las hipótesis de la referida bibliografía. Sin embargo, para evitar conclusiones apresuradas digamos también que, de acuerdo a lo comentaremos en este trabajo, esta tendencia general en cuanto a las representaciones se conjuga con orientaciones disímiles y de manera distinta en el universo heterogéneo de nuestros desocupados dando lugar, como veremos más adelante, a perfiles también diversos.

llevadas adelante por las organizaciones de desocupados, en especial de los sucesivos cortes de ruta (el 100% participó de los cortes de ruta o no participó por algún contratiempo pero apoyó su realización). Asimismo, dos tercios del total se reconocen como organizados territorialmente y el 60% participan siempre o algunas veces de las reuniones de desocupados y un 16% ha participado con poca frecuencia. Por último, dos terceras partes estaría de acuerdo con que se forme un sindicato de desocupados y se afiliaría al mismo. De las observaciones realizadas en nuestro trabajo de campo podemos derivar algunas hipótesis al respecto. En primer lugar, entendemos que el carácter que asume tendencialmente esta alta participación es fundamentalmente defensivo y en muchos casos acotado más bien a la obtención de mejoras puntuales para la propia situación, en tanto la participación es condición necesaria para la obtención de un plan de empleo. En segundo lugar, aún cuando a través de su acción colectiva los desocupados han logrado imponerse como interlocutores importantes en la escena social y política de nuestro país, en la mayoría de los casos esta participación no sería producto ni habría significado todavía, una toma de conciencia con respecto a la fuerza social de la propia acción colectiva organizada.

III.2. Autoidentificación y antagonismos sociales

Nos interesa ahora avanzar en la exploración de lo que sintéticamente fuera enunciado por Touraine y Pecaut (1966) como dos de los elementos para el estudio de las orientaciones de los grupos o movimientos sociales: nos referimos básicamente al principio de identidad y de oposición⁹. Encontramos dichos principios reformulados y desarrollados por Nun (1983) para el estudio de lo que el autor llama las prácticas de “razonamiento de sentido común” de los trabajadores. Sintéticamente, en relación al principio de identidad, exploraremos aquí la representación de los desocupados acerca de su propia ubicación en la sociedad, y la identificación de aquellos con quienes el sujeto considera que comparte intereses, experiencias, etc. que permiten identificarlos como miembros de su mismo grupo, estrato, etc., así como los niveles de solidaridad con otros grupos dentro de los sectores populares. En relación al principio de oposición exploraremos básicamente los niveles de antagonismo presentes en la formas en que los desocupados entrevistados tipifican la relación entre dominantes y dominados.

III.2.a. Autoidentificación y homogeneidad de intereses

Los desocupados que hemos entrevistado tienden a autotipificarse en primer lugar como clase baja o pobres y/o humildes y, en menor medida, como clase media baja, mientras que la autodesignación como trabajadores es secundaria. Sin embargo, esta primera sistematización es insuficiente. En efecto, la autotipificación, por ejemplo, como clase baja o clase media, poco nos dice acerca de las características que asumen en esta representación las clases mencionadas, y en ese sentido, acerca de cuáles son las coordenadas que se consideran como sustantivas en la definición de la propia identidad¹⁰. Advertidos de tal complejidad, hemos indagado además cuál es el significado que se le atribuye a tal autotipificación a partir de las formas de la estructura social en la que se consideran insertos y considerando fundamentalmente a quienes ubican “junto” con ellos en esa estructura, como compartiendo sus mismos problemas e intereses y de quienes se diferencian.

Restituyendo entonces este entramado más amplio de significaciones y considerando a quiénes los entrevistados consideran como sus "iguales", pudimos observar con más claridad que una primera minoría (12 entrevistados) se ubican a sí mismos entre “los pobres y/o humildes”, tres entrevistados consideran a “los trabajadores” como sus iguales (no distinguiendo entre ocupados y desocupados), 4 entrevistados entienden que comparten su experiencia con el resto de los “desocupados” y se reconocen como tales, mientras que 3 entrevistados acotan su identificación a los beneficiarios de planes de empleo o al barrio y otros tres entrevistados no logran objetivar con claridad un grupo de referencia¹¹.

De acuerdo al análisis realizado podemos sugerir que estas formas de identificación, esto es, el reconocerse como trabajador, como humilde, etc. tienen una vinculación con las trayectorias de los desocupados, pero también más ampliamente, como veremos más adelante, con formas generacionales en las que se ha significado la propia identidad. Estas

⁹ Touraine caracteriza un movimiento social por tres principios: la identidad del movimiento, el adversario, y la visión o el modelo social del movimiento, lo que llama la meta social (Touraine, 1965).

¹⁰ Como señalaran oportunamente entre otros Goldthorpe y Lockwood (1963), entendemos que analizar la posición que los sujetos “se autoasignan en la estructura social sin preocuparse de conocer esa estructura social y, sobre todo, la representación que tienen de ella los sujetos, sería tratar una Gestalt como una serie de respuestas separadas entre sí y sin relación recíproca”.

¹¹ Las personificaciones que se hacen presentes como alteridad social son fundamentalmente “los ricos”, “los poderosos”, “los que tienen plata”, entre los cuales casi la tercera parte de los entrevistados menciona al gobierno, los políticos o la dirigencia en general; mientras que la referencia a “los empresarios” es

correspondencias ciertamente no son unívocas y el limitado número de casos con los que contamos hasta aquí nos inhiben de cerrar conclusiones al respecto, pero configuran tendencias de interés que podemos presentar como hipótesis para seguir siendo exploradas con mayor rigor en un nuevo avance de investigación.

En primer lugar, estas vinculaciones se observan con claridad en quienes consideran a los trabajadores como sus iguales y quienes lo hacen con los beneficiarios del plan. Estas autoidentificaciones aparecen, según creemos, como las más polares de este universo: la primera remite a la construcción de una identidad en referencia al mundo del trabajo mientras que la segunda hablaría de una construcción de subjetividades marcada fundamentalmente por la exclusión de ese mundo y por las relaciones actuales que se establecen tanto entre perceptores como en relación al estado. Las mismas son también tendencialmente expresiones de los desocupados más heterogéneos entre sí: quienes se identifican con el resto de los trabajadores, son personas mayores de 40 años, que han tenido una trayectoria laboral estable o medianamente estable como productores de bienes, en establecimientos formales de gran tamaño. Por el contrario, quienes se identifican acotadamente con los beneficiarios del plan o con el barrio, son exclusivamente personas muy jóvenes, que no han tenido experiencia laboral significativa anterior.

Unos y otros, trabajadores y beneficiarios de planes son también sesgos que se diferencian de una representación más dominante en este universo, que es la que remite al conjunto de "pobres y humildes". En tanto dominante, esta representación se articula con una heterogeneidad social mayor. En este marco es posible sin embargo observar una diferenciación tendencial entre trabajadores que han sido productores de bienes y quienes han estado insertos en la prestación de servicios. En efecto, la referencia a los humildes y pobres es una forma de autoidentificarse que se hace más entre quienes tuvieron una trayectoria ligada a la producción de bienes, mientras que en mayor medida quienes fueron prestadores de servicios y no han tenido experiencia fabril se autoidentifican con los desocupados. Es importante anotar que dada las características ya presentadas de las ocupaciones desarrolladas por quienes fueron prestadores de servicios, la tendencia distinta a reconocerse entre los pobres y humildes o entre los desocupados que diferencia a los ex productores de bienes y servicios, nos habla más de la experiencia de socialización en espacios culturales distintos en los que la identificación con el conjunto de los humildes se hizo disponible que de un mayor o

sensiblemente menor (12% de los casos). Por otra parte, sólo en cuatro casos del total de entrevistados se

menor bienestar relativo durante sus trayectorias que inhibiría o facilitaría dicha identificación.

Entendemos que tan importante como la observación de las formas de dominantes de autoidentificación es el registro de aquellas formas que se tornan ausentes. En ese sentido, llama la atención del investigador la ausencia de la apelación al pueblo como forma de autoidentificación. El “pueblo” en tanto una de las formas que asumió la representación de lo popular en nuestro país y que asomaba, por tanto, en las mismas representaciones de las clases subalternas (Nun; 1983), articulaba dos dimensiones, una social: la experiencia de la privación; otra política: el pueblo como sujeto histórico (Martuccelli, D. y Svampa, M.;1997). No sólo la autoidentificación como “pueblo”¹² ha estado ausente en nuestras entrevistas sino también la incorporación de una dimensión política articulada a la social, a la hora de considerar la construcción de sus “iguales”. En efecto, los criterios mencionados por los entrevistados, como operando en esta construcción, se acotan a la experiencia de la privación o bien a aspectos vinculados a su relación con el mercado de trabajo. Si la ausencia de esta forma de identificación se debe a las peculiaridades de este universo o, por el contrario, es un cambio más general, es una pregunta que no podemos contestar en este momento y en la que esperamos poder avanzar con más elementos en un estudio en curso comparando las representaciones de estos desocupados con las de otros grupos de trabajadores.

Es posible pensar que para buena parte de quienes han tenido trayectorias estables, el desempleo prolongado no significó necesariamente un cambio radical en su reconocimiento identitario, pero para parte de ellos, su actual situación supone sí una diferenciación de intereses con respecto a los trabajadores ocupados. En efecto, prácticamente la mitad de los entrevistados consideran que los intereses actuales de ocupados y desocupados difieren, en la medida en que para los desocupados la demanda excluyente es la obtención de un empleo. Sin embargo, las posiciones actualmente distintas en el mundo del trabajo no parecen obstaculizar en principio, y para los desocupados, la construcción de solidaridades al interior del proletariado. Por el contrario, el 80% considera que su lucha cuenta con el apoyo de los

presenta explícitamente a los ocupados y desocupados como formando parte de grupos sociales diferentes.

¹² Como forma de representación ligada históricamente a lo que fue la experiencia peronista, se construía como oposición (si bien no como oposición clasista en términos clásicos) a la vez que expresaba la aspiración de unidad de los sectores populares (Martuccelli, D. y Svampa, M.;op.cit).

trabajadores ocupados y a su vez se solidariza con los reclamos de los trabajadores ocupados en lucha.

Cuando los desocupados entrevistados pasan a evaluar su relación no ya con los trabajadores ocupados sino con sus organizaciones corporativas, sus posiciones se tornan más críticas. En primer lugar, y probablemente por la distancia que muchos establecen entre sus intereses puntuales y los de los actualmente ocupados, sólo la mitad de los desocupados consideran que los sindicatos pueden contribuir de alguna manera a mejorar su propia situación. En segundo lugar, la mitad de los entrevistados consideran que los sindicatos tampoco representan realmente los intereses de los trabajadores, haciendo referencia a los comportamientos burocráticos de sus dirigencias, la falta de transparencia y democracia sindical, la corrupción y la connivencia de intereses entre burócratas sindicales y empresarios. Esta posición crítica con respecto a los sindicatos se conjuga en realidad con dos orientaciones opuestas con respecto a los sindicatos y la acción colectiva en general. Como se apreciará con más claridad en el último punto, la crítica a la burocracia sindical es tanto expresión de lo que podríamos una posición anti-sindicatos en general como la demanda de quienes se orientan a la construcción de una mayor autonomía social de los sectores dominados y en esa dirección exigen que las conducciones sean realmente democráticas y representativas. Esta orientación hacia la construcción de una mayor autonomía social es sin embargo embrionaria en este universo, habida cuenta de que, por ejemplo sólo un tercio de los entrevistados considera que para los sectores populares es más importante la construcción de sindicatos representativos y fuertes que la existencia de gobernantes honestos.

Entendemos que esta débil orientación hacia la construcción de autonomía social se corresponde con las condiciones actuales en las que se encuentran los desocupados, pero veremos que la misma será más o menos pronunciada según las identidades previas a la “caída” en el desempleo prolongado. En apoyo de esta afirmación, hemos constatado que en el marco general ya comentado, quienes muestran una tendencia mayor a valorar la importancia de la construcción de sindicatos representativos y fuertes son desocupados que provienen de la producción de bienes, con experiencia fabril. Por otro lado, esta orientación se enfatiza en particular entre aquellos que se siguen reconociendo como trabajadores y entre quienes, como veremos en el siguiente punto, muestran mayores niveles de antagonismo social.

III.2.b. Antagonismo social

Para el estudio de la representaciones de las relaciones entre clases sociales hemos apelado a un conjunto de preguntas que, más que una indagación exhaustiva de las formas variadas que pudieran adoptar estas representaciones, nos proporcionan indicadores sobre la percepción del carácter antagónico o no de las mismas. Esta batería de preguntas, tomada de un estudio anterior ya mencionado (Nun; 1983), nos ha permitido la construcción sintética de un índice de antagonismo que tiende a discriminar cómo “tipifican los desocupados las relaciones entre dominantes y dominados”.

Un total de 13 entre los 25 entrevistados (52%), se concentran en el polo antagonista, esto es, tienden a considerar las relaciones entre clases dominantes y dominadas como antagónicas. El resto de los entrevistados (12 casos) se distribuye en partes iguales entre quienes muestran una orientación no antagonista (24% del total) y quienes objetivan una representación conciliadora de la relación entre clase dominantes y dominadas. (el restante 24%)¹³.

La construcción de una representación antagonista de las relaciones entre clases sociales no parece estar condicionada en forma significativa por algún rasgo particular de las trayectorias socio-ocupacionales. Por otro lado, estos distintos niveles de antagonismo se entrelazan sí de manera definida con otras dimensiones que analizamos precedentemente, constituyendo configuraciones distintas entre los desocupados entrevistados. En efecto, en primer lugar y en términos generales, sin desmedro de una autoidentificación dominante como pobres y humildes, es entre los trabajadores antagonistas que se hace presente con mayor intensidad la igualación con el resto de los trabajadores y con los desocupados en general, mientras que sólo los desocupados no antagonistas acotan su identificación a los perceptores del plan.

Cuadro 1. Niveles de antagonismo según grupos de identificación. En porcentajes.

Antagonismo	Trabaj./ Desocup	Pobres y/o Humildes	Beneficiarios/ otra resp.	Inf. insuf.	Total
Antagonista	71	42	----	100	52
No Antagonis.	29	58	100	---	48

¹³ Dado que estos últimos subgrupos tienden a comportarse de manera semejante y teniendo en cuenta el reducido número de casos con el que contamos, en este trabajo optamos por presentarlos en forma agregada.

Total	100 (7)	100 (12)	100 (3)	100 (3)	100 (25)
-------	---------	----------	---------	---------	----------

Los desocupados antagonistas tienden a incorporar con mayor frecuencia a los ricos y empresarios como actores significativos al explicar las causas de la actual situación social, desechando respuestas convencionales o poco problematizadoras y desplazando a un segundo lugar la referencia exclusiva al estado. En la misma dirección, son los desocupados antagonistas quienes muestran mayores niveles de autonomía, evaluando en un 50% de los casos que los sindicatos representativos y fuertes son más importantes para el pueblo que un gobierno honesto. Este mayor nivel de autonomía se acompaña con una crítica también mayor a la actual representatividad de las organizaciones gremiales, dado que el 70% de estos desocupados concluyen que las mismas no representan actualmente los intereses de los trabajadores, frente a un nivel crítico algo menor de los desocupados no antagonistas (50%). Por último, en el marco de la ya comentada representación dominante en cuanto a las relaciones de poder, son los desocupados antagonistas quienes muestran una muy incipiente valorización del poder de cambio de la propia acción.

IV. Perfiles generacionales

Como resultado de nuestra exploración observamos también que las representaciones sociales de los desocupados presentan interesantes diferencias intergeneracionales que de alguna manera sintetizan pero también echan nueva luz sobre varios puntos de los hasta aquí referidos. Esto es así porque las generaciones tienden a corresponderse con tipos de trayectorias socioocupacionales dominantes a la vez que se articulan con socializaciones culturales y políticas distintas, dando como resultado configuraciones también diferentes.

Queremos por tanto detenernos aquí en estas diferencias generacionales. Para ello es necesario advertir primero que los cortes generacionales que utilizaremos no son un a priori de la investigación, sino una resultante de la observación de las continuidades y quiebres en las formas dominantes que asumen las representaciones y orientaciones de los entrevistados y su correspondencia con las edades de los mismos. Asimismo, si bien se corresponden tendencialmente con diferencias entre cohortes señaladas al tratar las trayectorias socioocupacionales, no los replican, sino que suponen un reagrupamiento de estas cohortes en función del comportamiento de los desocupados en el campo de sus orientaciones y representaciones de lo social. En ese sentido, en el análisis realizado ha sido posible

diferenciar tres agrupamientos generacionales distintos, a saber: a) quienes son mayores de 40 años al momento de la entrevista, b) una generación intermedia conformada por quienes tienen entre 27 y 37 años y c) los entrevistados de hasta 25 años.

En primer lugar, el cuadro 2 muestra la distinta intensidad que toman en estos agrupamientos generacionales las formas de autoidentificación social comentadas: sintéticamente, entre los desocupados más viejos la identificación con pobres y humildes es la más importante, si bien cobran relevancia la autoidentificación como trabajadores y desocupados. En la generación intermedia la identificación con los pobres y humildes es prácticamente excluyente, mientras que en los más jóvenes se hacen presentes identificaciones más acotadas al barrio o la experiencia como perceptores de asistencia estatal. Asimismo, en el cuadro 3, constatamos también que las distintas generaciones presentan niveles de antagonismo también distintos, destacándose el carácter no antagonista de la generación intermedia en su conjunto.

Cuadro2. Reconocimiento de iguales según generaciones (en porcentajes).

Iguales	Más de 40 años (%)	27 a 37 años (%)	Hasta 25 años (%)	Total (%)
Trabajadores	23	----	----	12
Pobres y humildes	46	100	14	48
Desocupados	23	----	14	16
Beneficiarios del plan/Otra respuesta	----	----	43	12
Inf.insuficiente	8	----	29	12
Total	100 (13)	100(5)	100(7)	100 (25)

Cuadro 3. Niveles de antagonismo según generaciones (en porcentajes).

Antagonismo	40 y más	27 a 37	Menores de 26	Total
Antagonistas	62	20	57	52
No antagonistas	38	80	43	48
Total	100 (13)	100 (5)	100 (7)	100 (25)

En un estudio clásico sobre la clase obrera cubana, Zeitling (1967) observó también interesantes diferencias generacionales en las orientaciones de los trabajadores y postuló que las mismas se derivaban de una socialización diferencial, advirtiendo con esto la centralidad de la observación de los contextos sociales y políticos que pueden considerarse como experiencias formativas para cada generación. En esa dirección, si bien no es objetivo de esta comunicación presentar una caracterización de rigor de los momentos formativos de los agrupamientos generacionales aquí delineados sí será de utilidad ubicar temporalmente dichos

períodos para referencia del lector. Tomando como indicador aproximado la edad de 18 años y de acuerdo al rango etario intrageneracional, podemos estimar que el momento formativo de la primera cohorte fue en el período 1963-1977 (período que cubre la dictadura de Onganía hasta la vuelta de Perón y termina con el último golpe militar); para la segunda generación fue aproximadamente entre el año 82 y principios de los '90 (desde la guerra de Malvinas y la salida de la dictadura, el primer gobierno del estado de derecho y los primeros años del Menemato); y para la generación más joven, desde la segunda mitad de los noventa hasta el momento de la entrevista (básicamente el segundo gobierno menemista).

Vimos anteriormente cómo las distintas dimensiones consideradas se entrelazan entre sí de forma definida y mencionamos ahora las diferencias entre generaciones como significativas al respecto. En esta dirección, si bien el número de casos es muy reducido, será sugerente para finalizar, articular estas observaciones haciendo el ejercicio de reconstruir los distintos perfiles generacionales que se hacen presentes.

Como hemos señalado, los desocupados más viejos, aquellos que tienen más de 40 años, provienen mayoritariamente de trayectorias estables o relativamente estables y tomados conjuntamente se presentan como los desocupados más antagónicos (62%). Entre este agrupamiento generacional podemos reconstruir al menos dos perfiles claramente distintos, con diferencias y matices internos.

El primero es el de aquellos que se autoidentifican como trabajadores o desocupados (son el 50% de los desocupados más viejos). Este perfil es el más antagonista de nuestro universo: dos tercios del total se representan en forma contradictoria las relaciones entre clases y tienden a su vez, con mayor frecuencia que el resto de los desocupados, a entender que la pobreza de muchos es producto de la riqueza de algunos, incorporando a otras clases sociales como causantes de la actual situación social. En términos de su trayectorias socio-ocupacionales la diferencia significativa entre estos entrevistados y el resto de su generación es que han estado ocupados mayoritariamente en grandes establecimientos fabriles. En conjunto presentan un nivel de conciencia corporativa mayor que el resto de los desocupados de su misma generación pero se diferencian internamente: aquellos que se identifican con el conjunto de los trabajadores (expresando de esta manera un mayor contenido sino clasista por lo menos obrerista en sus representaciones), son quienes

reivindican en mayor medida la importancia que tienen los sindicatos para los sectores populares y se presentan como decididamente críticos con respecto a la representatividad actual de los dirigentes de dichas organizaciones gremiales.

El segundo perfil entre estas primeras cohortes es el de aquellos que se identifican con los pobres y humildes, que se hace presente en el otro 50% de los desocupados más viejos. Si bien estos desocupados presentan un nivel de antagonismo mayor que los de la generación intermedia (en torno al 50%), son menos antinómicos que el perfil recientemente comentado y se caracterizan por una falta de problematización sobre las causas de la actual situación que se expresa en respuestas convencionales, con poca capacidad explicativa o bien en explicaciones no antinómicas. Estos desocupados se muestran menos críticos con respecto a las dirigencias sindicales actuales pero este menor nivel de criticismo se deriva de una expectativa también menor con respecto a las mismas, dado que si bien no presentan una orientación anti-sindicatos, estiman el papel de los sindicatos en menor medida que el subgrupo anterior. Como el resto de su generación, estos desocupados provienen de trayectorias ocupacionales estables o relativamente estables pero han estado ocupados fundamentalmente en unidades productivas de menor tamaño.

El hecho de que la referencia a los pobres y humildes sea la forma casi excluyente que asume la identificación entre quienes han tenido una larga trayectoria en unidades informales, y en establecimientos pequeños y medianos, abre, según creemos, un interrogante con respecto al significado y la construcción de esta forma de identificación. Sería importante descifrar si la misma supone la erosión de un contenido más clasista o por lo menos más obrerista que se hace presente entre el resto de los antiguos trabajadores, (habiendo desplazado durante el prolongado desempleo otro tipo de identificaciones) o si, por el contrario, estamos observando un tipo de identificación que no necesariamente excluye ni ha sido construida más recientemente sino que es la persistencia de la forma en que se expresó y se expresa la identidad de los trabajadores secundarios, esto es su identidad como “trabajador pobre”. Establecer con claridad este punto sería de interés en tanto permitiría echar luz tanto sobre la determinación que, en las formas de identificación, pudieran tener las trayectorias socio-ocupacionales anteriores, como sobre el efecto que el desempleo prolongado ha tenido y tiene en las construcciones de su subjetividad. Si bien el avance realizado en la investigación hasta el momento no nos permite cerrar conclusiones al respecto, estimamos que una futura comparación de estas observaciones con las surgidas del estudio de las

representaciones de trabajadores actualmente ocupados en el mercado secundario nos permitirá aportar más elementos para esta discusión.

Los desocupados de la generación entre 27 y 37 años, se comportan muy homogéneamente en todas las dimensiones exploradas, delineando un único perfil generacional que a su vez se diferencia de los observados en otras cohortes.

En términos generales, sus trayectorias socio-ocupacionales también tienen rasgos que indican su carácter de generación intermedia. Por un lado, muestran mayormente trayectorias relativamente estables, si bien con una menor permanencia promedio en los puestos de trabajo y con un peso sustantivamente menor de las ocupaciones fabriles que en las cohortes anteriores tomadas conjuntamente. Por otro lado, se incorpora a este agrupamiento un entrevistado menor de 30 años de edad al momento de la entrevista, con una trayectoria relativamente dilatada de trabajo infantil que no logra insertarse en el mercado de trabajo cuando adulto.

En términos de sus orientaciones, se trata de desocupados cuyo rasgo distintivo es ser claramente no antinómicos, entendiendo las relaciones entre clases como tendencialmente no contradictorias; consistentemente consideran que la corrupción o las erradas políticas gubernamentales son la causa de la presente situación social, desplazando la actuación de otras clases o grupos sociales de toda explicación. En este caso, una posición homogéneamente crítica con respecto a las dirigencias sindicales se conjuga con una total desestimación del papel de los sindicatos, en lo que parece más bien una orientación anti-sindicatos. La identidad de esta generación aparece como construida más homogéneamente en referencia al estado y estableciendo menores niveles de autonomía social, priorizando el papel del gobierno sobre el de las organizaciones sociales representativas en la construcción de mejores condiciones para los sectores populares. Entendemos que estos entrevistados prolongan esta orientación con respecto a la acción colectiva en su situación actual como desocupados: si bien acompañan las marchas y cortes para la obtención de planes, su participación parece ser de una intensidad menor en tanto en conjunto su presencia en las reuniones de las organizaciones es poco frecuente.

En esta generación y consistentemente con lo que hemos mencionado, ha sido desplazada toda identificación como trabajadores: independientemente de las diferencias posibles en sus trayectorias laborales, los desocupados de esta cohorte se identifican con los pobres y humildes pero, como hemos señalado, esta identificación ha perdido el carácter

antagónico que pudiera tener para parte de los desocupados que así se autoidentificaban entre la generación más vieja.

Lo dicho hasta aquí para esta generación parece corresponder con las caracterizaciones hipotetizadas por la bibliografía con respecto a segmentos poblacionales débilmente vinculados con el mercado de trabajo. Sin embargo, creemos pertinente incorporar otros elementos al análisis, que si bien no han sido abordados específicamente en este artículo, es conveniente mencionar aquí para delinear una caracterización más ajustada de este perfil generacional.

Las orientaciones observadas se conjugan con una orientación también definida en un nivel político, en lo que podríamos denominar provisoriamente como una mayor conciencia cívica-democrática de esta generación. Esta orientación cívico-democrática se hace presente en distintos aspectos, pero se torna manifiesta en una marcada oposición a las experiencias políticas autoritarias, una condena mayor y más informada a las violaciones de los derechos humanos en nuestro país, una orientación menos represiva e igualitaria con respecto a otros grupos sociales, y en términos generales, un alto nivel de incorporación de la esfera pública como área de relevancia en sus prácticas de razonamiento.

Pensamos que tanto esta orientación con respecto a distintos tópicos del ámbito político como su peculiar conjugación con las orientaciones con respecto a otras subdimensiones de lo social, no son quizás ajenas al período formativo de esta generación. Se trata, como comentamos, de la generación que realiza su socialización política en el período de la llamada “transición democrática”, período en que justamente la reivindicación de los valores democráticos y el respeto por los derechos humanos fueron el eje central de la agenda política de actores políticos y sociales protagónicos.

Como hipótesis a comprobar en un estudio de mayor alcance nos gustaría plantear aquí lo que nos sugieren las observaciones realizadas a partir de los pocos casos analizados: esta generación mostraría un perfil que podríamos caracterizar como “ciudadano“, pero atribuyendo a este término un contenido que fue también característico de una construcción de ciudadanía fechada en el período formativo de esta generación. Período en el que primó una concepción procedimentalista de la democracia, desembarazada a la vez de las condiciones económicas y sociales que suponía su implementación (ver Nun, J.; 2000), y en el que se tornó dominante una lectura de los derechos humanos que los acotaba fundamentalmente a algunos derechos civiles y políticos (Marchese, A.; 2002). En este perfil la relevancia de un ámbito político parece incorporarse de forma relativamente autónoma, sin

que suponga una clave de lectura para la dominación social (Martuccelli, D. y Svampa, M.; op.cit.), desplazando no sólo el carácter social de tal ciudadanía (ver Marín, J.C.;1973) sino también la reivindicación corporativa de sus derechos sociales.

A diferencia de la generación intermedia, entre los jóvenes encontramos una mayor heterogeneidad interna. Asimismo, si bien en esta heterogeneidad se distinguen tendencias generales con respecto al conjunto de las orientaciones, las mismas no llegan a configurar perfiles tan definidos como en el caso de las cohortes más viejas. Esto probablemente responde a distintos factores. Uno de ellos, estrictamente de carácter biográfico: es pertinente mensurar que dada la juventud de esta cohorte, se trata más bien de perfiles en formación. En segundo lugar, es posible que sus cortas y disímiles experiencias laborales y/o su iniciación frustrada como trabajadores involucre socializaciones más fragmentadas que las de las cohortes anteriores con una consecuente mayor heterogeneidad de las configuraciones resultantes en términos de sus orientaciones y representaciones con respecto a las relaciones sociales en las que están insertos.

En este marco, es posible sin embargo distinguir dos configuraciones que se corresponden sí con una marcada diferencia en cuanto a su contenido antagonista. Los desocupados abiertamente antagonistas de esta cohorte tienden a identificarse con el resto de los pobres y/o desocupados. En contraste, una visión conciliadora de la relación entre clases sociales se conjuga en el resto de los jóvenes con una restricción de la propia identificación al ámbito barrial o al de beneficiarios de planes de empleo.

Entre los jóvenes antagonistas (como entre aquellos antagonistas de la más antigua generación), observamos un principio de autonomía social mayor, estimando en mayor medida la importancia de la construcción de sindicatos fuertes para defender los intereses de los sectores populares. Como en el caso de los antagonistas más viejos, esta reivindicación de los sindicatos se conjuga con una visión crítica con respecto a sus dirigencias actuales. En su situación de desocupados esta valoración de la acción colectiva se expresa tanto en una total adhesión a la idea de formar un sindicato de desocupados, como en una mayor participación en las reuniones de las organizaciones que los nuclean. Probablemente en este caso, su orientación antagonista se conjuga con su juventud, de resultas de lo cual este subgrupo es el que se muestra como más activo dentro de las organizaciones de desocupados. Si bien, como señalamos, la característica general de los jóvenes es su débil vinculación anterior con el

mercado de trabajo, es en este subgrupo donde se encuentran aquellos desocupados de esta cohorte que han tenido alguna permanencia como ocupados de dos años y más.

Los jóvenes no antagonistas son quienes parecen tener una subjetividad más ligada a la recepción de asistencia gubernamental y en esa dirección una construcción identitaria producida de cara al Estado, expresando niveles menores de autonomía social. Estos desocupados no presentan una orientación abiertamente anti-sindical, entendiendo mayormente que los sindicatos podrían colaborar en mejorar su propia situación, sin embargo sólo la tercera parte estaría de acuerdo con formar un sindicato de desocupados. Tampoco se orientan en contra de la acción colectiva, participando de las marchas y los cortes de ruta, sin embargo parecen adherir en la medida en que es estrictamente necesario para la obtención del beneficio, en tanto que prácticamente no concurren a las reuniones organizadas por las organizaciones de desocupados. Estos desocupados son los que expresan en sus representaciones lo que podríamos considerar un mundo más restringido de relaciones sociales, tanto reduciendo su ámbito de identificación a los beneficiarios del plan o su localización geográfica como desplazando consistentemente la esfera pública como área de relevancia en sus prácticas de razonamiento. Será oportuno mencionar aquí que este segundo subgrupo está formado por quienes prácticamente no han tenido ninguna experiencia laboral anterior.

Por último, si bien algunos jóvenes antagonistas parecen haber iniciado un proceso muy incipiente de valorización del poder de la propia acción, es de rigor advertir que la poca confianza en las posibilidades de incidir en una mejora de la propia situación sigue siendo una tendencia dominante en esta cohorte. Este rasgo general de este universo adquiere especial significación en esta generación, en tanto contrasta con estudios realizados en poblaciones con características socio-ocupacionales diferentes (Maceira, 2001), donde justamente la valorización del poder de la propia acción es una nota característica de las representaciones de los más jóvenes.

V. Breves consideraciones finales

Comentados ya los resultados provisionarios a los que hemos arribado, quisiéramos retomar algunas observaciones generales a manera de muy breves reflexiones finales sobre los tópicos centrales que nos planteamos al inicio de esta exploración.

En primer lugar y en relación a las trayectorias socio-ocupacionales analizadas, fue posible constatar que una parte importante de los desocupados entrevistados provienen de inserciones relativamente continuadas en uno o varios puestos de trabajo por lo no puede afirmarse que estemos en presencia de un típico segmento conformado por sectores excedentarios de fuerza de trabajo. Sin embargo, en el marco de la actual situación del mercado de trabajo, tanto la extensión prolongada de la situación de desempleo en el caso de los desocupados mayores (Maceira, V. y Spaltenberg, R.; op. cit.) como la muy postergada incorporación de los jóvenes como trabajadores ocupados, abren dudas sobre las chances y calidad de una inserción laboral futura.

En relación a los efectos del desempleo prolongado en las orientaciones y representaciones, las observaciones realizadas demandan el avance en la dirección de un estudio comparativo que permita arribar a afirmaciones más fundamentadas. Sin embargo, de lo analizado hasta aquí es posible concluir, en términos generales, que dicha situación ha operado en la representación que estos trabajadores tienen de las relaciones de poder y en la definición del conflicto social en el que están involucrados. Asimismo, dichos efectos son seguramente heterogéneos según las identidades anteriores de estos entrevistados, en cuya construcción no son ajenas sus experiencias como trabajadores. En ese sentido, estas experiencias establecen líneas de continuidad ente grupos o fracciones sociales actualmente diferenciados. Consideramos que dichas líneas de continuidad, que se hacen observables en el estudio articulado de las trayectorias socio-ocupacionales y las orientaciones de los desocupados, pueden ser significativas tanto en términos de la comprensión del proceso de heterogeneización de los trabajadores como, fundamentalmente, al momento de la construcción política y corporativa.

Por último, entendemos que la exploración realizada nos permite concluir que la incorporación de las diferencias intergeneracionales es insoslayable en el estudio de las representaciones y orientaciones. Las generaciones funcionan aquí, en realidad, a la manera de indicador sintético de un conjunto de procesos económicos, políticos y culturales compartidos, anclados temporalmente y difíciles de escindir en su gran complejidad, que intervienen en la constitución identitaria produciendo configuraciones subjetivas específicas. Predisponiendo de alguna manera, como señalara Mannheim (1952) "hacia una forma propia

de pensamiento y experiencia y un tipo específico de acción históricamente relevante" (citado en Jelin, E.;2002).

VI. Bibliografía citada

- Fournier Marisa y Soldano, Daniela (2001). "Los espacios en insularización en el conurbano bonaerense: una mirada al lugar de las manzanas" ponencia a la III jornada anual de investigación de la UNGS.
- Goldthorpe, Lockwood, Bechhofer, Platt (1963) "Affluence and the British class Structure". The Sociological Review, vol XI, nro.2.
- Jelin, E. y Torre, J.C. (1982) "Los nuevos trabajadores en América Latina. Una reflexión sobre las tesis de la aristocracia obrera." en Desarrollo Económico, Nro.85.
- Jelin, Elizabeth (2002). "Los trabajos de la memoria". Siglo XXI.
- Maceira, Verónica (2001)."Experiencia y orientaciones de los trabajadores del Area Metropolitana: un estudio exploratorio". en Estudios del Trabajo. Nro. 21.
- Maceira, Verónica y Spaltenberg, Ricardo (2001). "Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina" en "Observatorio Social de América Latina"-CLACSO, nro. 5.
- Mannheim, Karl (1952), "Essays on the Sociology of Knowledge", Londres. Routledge.
- Marchese, Alberto (2001). "Las lecciones del pasado", memoria y ciudadanía en los informes "Nunca mas" del Cono sur. CEIL-FHCE-UdelaR. Instituto Universitario-CLAEH.
- Marín, Juan Carlos "Las tomas. 1970-1972" (1973) en "Marxismo y revolución", Santiago, nro. 6
- Martuccelli, Danilo y Svampa, Maristella. (1997) "La Plaza Vacía. Las transformaciones del peronismo". Editorial Losada, Buenos Aires.
- Nun, J; Murmis, M.; Marín, J.C. (1968),"La marginalidad en América Latina- Informe Preliminar". Instituto Torcuato Di Tella.
- Nun, José. (1983) "Averiguaciones sobre algunos significados del peronismo", mimeo.
- Nun José. (2000) "Democracia. Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?". Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Nun, José. (2001) "Trabajo, ciudadanía y política". ponencia de cierre al 5to. Congreso Nacional de ASET, Buenos Aires.
- Touraine, Alain (1965) "Sociologie de L'action". Editions du Seuil, París.

-Touraine, Alain y Daniel Pecauc (1966), "Conciencia obrera y desarrollo económico en América Latina". Revista Latinoamericana de Sociología.

-Zeitling; Maurice (1967) "La clase obrera y la revolución cubana", Amorrortu.